

El erotismo como experiencia vinculada al orden de lo sagrado

José Gilberto Castrejón Mendoza*

Unidad Profesional Interdisciplinaria en Ingeniería y Tecnologías Avanzadas
Departamento de Ciencias Básicas
Instituto Politécnico Nacional
México D. F.
jcastrejonm@ipn.mx

Resumen

Se muestra al erotismo como una manifestación de la experiencia interior del hombre, que posee un vínculo implícito con la vida religiosa de éste, como bien lo han hecho notar autores como Georges Bataille. Asimismo, el aspecto sagrado de las religiones arcaicas, revelado a través de ritos y experiencias extáticas, da testimonio de un carácter erótico, el cual habría de ser condenado por una religión como el cristianismo, instaurando en la conciencia del hombre la dimensión del pecado y esa manera muy particular de padecer la existencia: la angustia. Resulta claro que la dialéctica del interdicto (lo prohibido) y la transgresión, discurre por un terreno ciertamente escabroso, imprimiendo en el ser humano ese supuesto "apego a la ley", como una paradoja que nos lleva a afirmar que el cristianismo es quizá, en un aspecto, la religión menos religiosa.

Palabras claves: erotismo, experiencia interior, Georges Bataille sagrado, cristianismo, angustia, interdicto, transgresión.

Eroticism as an experience linked to the sacred order

Abstract

Eroticism appears as a manifestation of man's internal experience, having an implicit relationship with his religious life as has been pointed out by such authors as Georges Bataille. Likewise, the sacred aspect of the ancient religions, revealed through rites and ecstatic experiences, is evidence of an erotic nature, which a religion such as Christianity would have to condemn, instilling the dimension of sin into man's awareness alongside that very particular way of suffering from existence: *anguish*; as it is clear that the dialectics of interdiction (the forbidden) and transgression follow a rocky road, imprinting on human beings that so-called "adherence to the law", a paradox that leads us to maintain that Christianity is perhaps, in one aspect, the least religious of religions.

Key words: eroticism, internal experience, Georges Bataille, sacred, christianity, anguish, interdiction, transgression.

Introducción

Coloquémonos en el terreno de las apariencias, he aquí que hemos de asistir a un espectáculo en el que lo ideal de nuestro asunto se pierde. Ahí donde sólo es posible acceder a través de la más alta y vil *superficialidad*, puede que el fundamento aparentemente científico del erotismo juegue un papel determinante. El erotismo es y ha sido una experiencia que implica la necesidad de mantener, mínimamente, un diminuto cúmulo de fuerzas de las que el ser-hombre dispone; digo *mantener* en el sentido de que éste corresponde a una experiencia hacia lo más íntimo, hacia esas zonas del ser en que el *deseo* de encontrar un objeto de deseo, a partir del contacto con un exterior, no hace más que mostrar esa pura interioridad de la que el hombre dispone. Así, el erotismo es una *entidad* propia del ser humano, una experiencia personal, perturbadora, interior, porque el juego del erotismo, eso que yace oculto en las zonas más inhóspitas de la cartografía humana, corresponde a una especie de disolución de ciertas formas plenamente

constituidas en la conciencia, dígase las formas de vida social, de carácter regular, perturbador incluso, aquello que fundamenta la existencia de diversas fisuras propias de nuestra individualidad última.

Entonces, considerar al erotismo es considerar al hombre en su interior, es una experiencia de arrebatos análoga a la experiencia de lo divino (éxtasis). El orden de lo sagrado llega a mostrar, a veces a través de un rito, la posibilidad de acceder a una experiencia exorbitante, si el sacrificio en las religiones arcaicas revelaba, como lo han puesto de manifiesto diversos historiadores de la religión, un elemento que se denomina lo *sagrado*, el cual no es más que un desequilibrio que pone al ser del hombre en cuestión sobre sí mismo; por ende, ver en el erotismo una dimensión de *la vida interior del hombre* es descubrir una analogía con la vida religiosa de éste. Lo anterior se justifica si entendemos que lo sagrado en los sacrificios es análogo al sentimiento de lo divino en las religiones, «la experiencia mística se da, me parece, a partir de la experiencia universal que es el sacrificio religioso».¹ Es posible, por tanto, identificar que los arrebatos, el éxtasis implícito en la experiencia mística de las religiones, en cierto sentido también la cristiana, forman o se reconocen en una unidad que la vida erótica conlleva.

Me atengo a la obra de Georges Bataille, quien destaca la existencia en el hombre de tres dimensiones de la vida erótica: el erotismo de los cuerpos, el erotismo de los corazones y el erotismo sagrado. Cabe señalar que si se habla de un método de análisis sería no uno de corte científico por antonomasia, en la medida de que el método de las ciencias llamadas duras es uno, el de las ciencias humanas, otro, y ambos con una textura completamente propia. Los estudios etnográficos a la manera de Mircea Eliade o Marcel Mauss, así como los de corte antropológico o psicoanalítico han sido ya realizados por diversos autores, y en especial, el autor que hemos de abordar. Resta dirigir nuestros esfuerzos hacia el lugar en que el erotismo y lo sagrado convergen, en la medida en que ambas experiencias perturban al hombre y no hacen más que mostrarle *su deplorable* e inflamada condición; aún así, hemos de llegar a un punto de conversión, más no de inmanencia pura con el horizonte en el que el erotismo y lo sagrado, experiencia sublime del poder de seducción humana y mística, respectivamente, se han desarrollado. No he de mostrar la más alta pretensión, sino incluso señalar también que el sentimiento de lo divino concurre en el universo en que la realidad del hombre (cuerpo, relación con el exterior, finitud, etc.), no ha hecho más que sustituir su estado de pureza (cerca, muy cerca a la del animal que a la del supuesto ideal humano), por un estado en que éste ha conocido la crudeza y virtualidad de la angustia como dimensión del pecado; recordemos con creces aquello que ha hecho el cristianismo. Y soy culpable de todo lo que en *apariciencia*, parezca descabellado e insustancial.

El erotismo, lo sagrado y los símbolos

"El erotismo es, literalmente, *demasiado para el cuerpo*". La actividad sexual del hombre es una actividad erótica; el erotismo necesita un cuerpo, un *ente* de carácter tangible por medio del cual se haga presente. Así, el espacio de los cuerpos, ese lugar por el que el *ser* del hombre se manifiesta, es el punto crucial donde el erotismo propugna radicalmente su efervescencia, esa dimensión que instala en la conciencia humana el ser en cuestión. El erotismo representa un aspecto referente a la vida interior del hombre, que aflora radicalmente al estar éste frente a ciertas "situaciones límite". Pero si deseamos señalar que el erotismo está relacionado con lo sagrado he aquí que, en general, toda actividad erótica conlleva la violencia, la violación, siendo ésta última un aspecto fundamental en la vida religiosa. Bataille resalta tres clases de erotismo: *el erotismo de los cuerpos*, «el erotismo es un cuerpo que se escamotea a la materialidad aunque parta de ella, o mejor, es un cuerpo que se recrea ... »², es en la desnudez, en la obscenidad,

donde surge un trastorno, donde los cuerpos se muestran como posesión individual y seductora; *el erotismo de los corazones*, que, vinculado al amor divino, el amor puro hacia Dios, da la libertad como condición de estabilidad del ser, la pasión y el éxtasis de Santa Teresa ante la magnificencia divina dan prueba de ello; *el erotismo sagrado*, vínculo esencial entre la realidad de lo sagrado en las religiones arcaicas, la fiesta y la orgía, propios de la exuberancia de los ritos e iniciaciones. Así, el erotismo en sus diversos aspectos, corresponde a una especie de *distorsión* del ser humano, incluyendo no sólo todo lo referente a la vida, sino a la presencia misma de la muerte, cualquier rito de iniciación en muchas religiones dan cuenta de ello.

Para hablar del terreno de lo sagrado³ hemos de decir primeramente que, en la medida en que tenemos noción de éste por medio de las *hierofanías* -algo que manifiesta lo sagrado---, se, concibe que es lo opuesto a lo profano. Es un fenómeno religioso (tabú, ritual, símbolo, mito, un demonio, Dios, etc.), una revelación; todo hecho religioso revela lo sagrado «en el universo mental de los que lo recibieron»⁴. Dejaremos de lado la idea tanto de espacio sagrado como de objeto sagrado, dado que sólo nos interesa hablar de lo sagrado en su acepción más *concretamente* universal. Históricamente podemos dar cuenta de la aparición constante de las hierofanías, lo que provoca una continuidad en la manifestación de lo sagrado. Para el cristiano, la realidad del milagro es una manifestación de lo sagrado; para el hombre de las religiones arcaicas el sacrificio, del que participaban una comunidad de individuos, era la manifestación del orden de lo sagrado, pues algo extraordinario se les revelaba a todos los participantes.

Si bien es cierto, todo fenómeno mágico-religioso implica, *en concreto*, un simbolismo, por lo que tal fenómeno religioso corresponde a un sistema simbólico. Una piedra, una escultura, son sagrados en la medida en que las almas de los antepasados se han encarnado en éstas, o porque manifiestan o representan una divinidad; tal hierofanía ha adquirido una dimensión mágicoreligiosa, es decir, un simbolismo. Un símbolo es aquel que representa, manifiesta un hecho o fenómeno religioso. El *pathos* de los símbolos radica en que se le puede dar un determinado valor; tal valor posee, en esencia-, una estructura cosmológica. Un símbolo es aquel que prolonga una hierofanía, denota una revelación, la cual muestra «la unidad fundamental de varias zonas de lo real», en cuanto a fenómeno explícitamente religioso. Un rito no revela toda la multiplicidad que un símbolo revela.

La experiencia interior, lo continuo y lo discontinuo

«Llamo experiencia interior a un viaje al extremo de lo posible»⁵. Esa experiencia hacia adentro, de la que cualquier hombre puede hacer mención. En dicha experiencia el hombre supone el conocimiento de cada *objeto* con el que tiene contacto; en el erotismo, los objetos que están en juego son los cuerpos, en cualquier religión, esas formas estabilizadas, propias de la práctica religiosa, y sin las cuales ésta no podría llegar a considerarse lo que es. Todo *acercarse* a un conocimiento del erotismo y de la religión. es una experiencia personal. Por ello «somos seres discontinuos, individuos que morimos aisladamente en una aventura ininteligible, pero tenemos la nostalgia de la continuidad perdida. Llevamos mal la situación que nos clava en la individualidad del azar, en la individualidad caduca que somos. Al mismo tiempo que tenemos el deseo angustiado de la duración de este caduco, tenemos la obsesión de una continuidad primera, que nos liga generalmente al ser».⁶ El hombre arcaico encontró que el paso de la discontinuidad a la continuidad se daba en ese *acceso* a la muerte. El erotismo alcanza al ser en lo más íntimo. Si la muerte es esa ruptura de la discontinuidad, lo sagrado es aquella instancia que precisamente ofrece y garantiza esa continuidad del ser, y que por medio de un rito le es revelado a los que participan de tal experiencia, incluso en

aquellos ritos solemnes, donde los participantes asisten a la muerte de un ser discontinuo. Y más aún, resulta claro aquí que el erotismo abre a la muerte; ésta le permite al individuo abrirse a la negación de su vida individual. La vida es mortal, la continuidad del ser que se alcanza con la muerte no lo es. ¿En donde radica esa vinculación M erotismo, en la experiencia interior del hombre, con lo sagrado? Los primeros hombres hubieron de imponerse, de fijarse ciertas restricciones llamadas interdictos (lo prohibido), los cuales, en esencia, fueron determinantes para que tomaran una cierta actitud con los muertos, y así mismo con la actividad sexual. Todo símbolo, imagen erótica o religiosa (hierofanía, mito, etc.) insuflaron en el hombre conductas del interdicto, en otros, conductas contrarias. Es decir, la experiencia que todo hombre arcaico realizaba era dirigida hacia conductas tradicionales (interdicto) o conductas de ruptura (transgresión), la ley y su violación. El erotismo habría de caer en el dominio de la transgresión, que las religiones como el cristianismo se encargarían de suprimir. Sería un objeto monstruoso. «La experiencia interior del erotismo requiere, en el que la vive, una sensibilidad no menos grande para la angustia que funda el interdicto, que para el deseo que conduce a infringirlo. Es la sensibilidad religiosa, que liga siempre al deseo y al pavor, al placer intenso y a la arigustia»⁷ El ser discontinuo -el hombre- se enfrenta a la angustia en esa posibilidad de alcanzar la continuidad. Así, sólo la muerte trae la continuidad; el hombre descubre en la experiencia de lo sagrado que es posible una continuación de su ser. La orgía, la fiesta, todo elemento de los ritos de las religiones antiguas muestran el espectáculo de lo sagrado; en el mismo, los asistentes participan en una experiencia reveladora: lo sagrado es atrayente, éxtasis incomunicable e íntimo; toda experiencia mística lo es. Se ha llegado a la esfera en que el ser discontinuo que se es, alcanza la continuidad en la experiencia de lo sagrado, aunque esa experiencia es, desde las primeras religiones, una experiencia: erótica. Todo símbolo es seductor, pues provoca una perturbación en el individuo. La hierofanía, aún así cristiana, posee rasgos de una clara dimensión erótica. Ahora se deja abierta la posibilidad de abandonar el estado de discontinuidad, pero, claro, únicamente a través de un rito de iniciación. Vamos a aclarar el porqué de esto: «La continuidad nos es dada en la experiencia de lo sagrado. Lo divino es la esencia de la continuidad»⁸.

El interdicto y la transgresión y su vinculación con el erotismo

Hemos podido apreciar que, en la medida en que los hombres se impusieron ciertas reglas, leyes para regular su conducta, descubrieron también la posibilidad de traspasar el universo que esas reglas te inmolaban. La transgresión le dio al hombre esa posibilidad de decidir entre la continuidad que el apego a la ley le prometía, y la discontinuidad de su ser, que una conducta transgresora conlleva. El hombre descubre con la transgresión sus poderes más ocultos, así «por su actividad el hombre edificó el mundo racional, pero siempre subsiste en él un fondo de violencia»⁹. La violencia que con la transgresión a la ley le es dada en su propia naturaleza. Resulta claro aquí que hay un movimiento en el hombre que excede sus límites, el movimiento de violencia de un ser de razón. Lo que con la muerte sobreviene es la imposición de ciertos interdictos vinculados con ésta. Toda muerte es violenta en la medida que finaliza o da fin a la real realidad del hombre, así, éste no hace más que temerle, ésta posibilidad le angustia y, por tanto, le impone mantener un apego estricto a un interdicto como el *no matarás* de la religión cristiana, porque para todo hombre, como el cultivado en el cristianismo, la muerte es el reflejo de su destino. Mas, remontándose a los primeros hombres, surge la costumbre de sepultar a los muertos, y de aquí, el testimonio de un rito que convergía finalmente en la dimensión de lo sagrado. El culto a los muertos vendría a ser un *respeto* y *un temor* a la realidad que el hombre ha descubierto; se anuncia la fragilidad y finitud del cuerpo (entidad material que le es propia y primordial vía del erotismo). Como el cadáver será víctima de una violencia se ha de buscar preservarlo de otras violencias; lo sagrado a través del culto a los muertos vendría

en camino y finalmente, en el sacrificio, el vínculo de este tipo de interdicto con el erotismo, visto a la luz de la desnudez de la víctima, la obscenidad derivada, la fiesta y la orgía de ciertos ritos arcaicos. De esta manera, resulta sencillo darnos cuenta que sólo es sagrado, en primera instancia, aquello que es el objeto de un interdicto, vínculo entre lo sagrado-extático y el juego interdicto-transgresión.

La transgresión, incluso, supera al interdicto; lo hace en la medida en que con la desobediencia a la ley puede operar la libertad, pero una libertad apegada a los alcances del interdicto. Aún así la transgresión forma parte de esos supuestos límites que el hombre se ha impuesto. La transgresión tomada como una instancia reconocida en la vida en comunidad es, junto con el interdicto, un aspecto intrínseco, esencial, del orden social humano. Si la transgresión no hubiera tenido los alcances que llegó a tener para los primeros hombres, el mundo sagrado hubiera perdido para sí todo el grado de éxtasis que la gama de la transgresión habría de imponerle. Si bien la transgresión no es el fundamento de la religión, sí contribuye a la formación de ésta. Todo interdicto provoca *temor temblor*. En el terreno religioso tal sentimiento se convierte en devoción, esa devoción que le debemos a los dioses, pero que también nos provoca pavor, hay que adorar a los dioses, temer a su furia, a su incuestionable poder. Con esto, la devoción se transforma en adoración a los designios divinos (teleología pura, drama humano por excelencia), se funda la fiesta como el punto culminante de la actividad religiosa. Todo rito participa de la fiesta, y en todo rito a su vez, hay un sacrificio. El sacrificio adquiere, de esta manera, su fundamento religioso, juego paradójico donde la transgresión, como desencadenamiento de la violencia, que a su vez provoca la exaltación de los supuestos límites que el hombre descubre, no hace más que fundar un mundo aparente. Y aquí, la paradoja es clara: el mundo profano es el de los interdictos, pues el apego a la ley es impuesto, aunque resulte obvio que el mundo sagrado se abra a transgresiones ilimitadas, es aquel mundo de la fiesta, de los soberanos y de los dioses. Una religión como el cristianismo mostraría abiertamente su repugnancia hacia la transgresión, hacia la ruptura de la ley, aunque finalmente sus propios interdictos provengan, o sean la causa de esa posibilidad que la transgresión le vino a dar. Si el terreno de lo sagrado tiene, de manera fundamental, una vinculación directa con el interdicto, entonces aquello que es el objeto de un interdicto llega a ser sagrado, parábola meramente cristiana, mas en ciertas religiones, en ritos como la fiesta, el sacrificio, la orgía, etc., se alcanza el punto culminante de la actividad religiosa, dando a estas realidades un sentido donde se "confunden" el interdicto y la transgresión. La religión cristiana habría de atacar la transgresión, pero de una manera tan brutal que, con ésta, el apego a la ley no sólo sería un acto voluntario, sino impuesto, aunque la ley no sea precisamente una virtud de la naturaleza humana.

El erotismo, lo sagrado y el cristianismo

Sólo los hombres hacen de su actividad sexual una actividad erótica. Así, el sexo no nada más se realiza para reproducirse. A través de él el hombre se entrega al placer, al éxtasis, que con el erotismo se convierte en una experiencia esclarecedora y, lo es, en el sentido que le muestra lo más íntimo y vital de sus fuerzas dirigidas hacia sí mismo. «El juego alternativo M interdicto y de la transgresión es más claro en el erotismo»¹⁰. Pues es ahí donde las partes oscuras de la cartografía humana realmente se revelan. Es de por sí claro que el erotismo no llega a suprimir toda la actividad que exige la vida, con esto, los primeros hombres tendieron a darle un cierto sentido religioso, ejemplificado fielmente en la realidad de los ritos arcaicos. Es el sacrificio un rito donde erotismo y experiencia divina se confunden, con éste, la víctima y los asistentes accedían, en la revelación, a un secreto del ser. La violencia mostrada en la caza, la guerra, el canibalismo, etc., no hicieron más que imprimir en la conciencia del hombre arcaico ese sentimiento de lo sagrado, que se alcanza en la caída de la discontinuidad de los

seres puesta en la muerte, acceso a la continuidad (*permanencia* del ser). El erotismo, en general, denota infringir una ley (una ley social esencialmente), pero asocia el placer sexual y el interdicto, la transgresión que la religión cristiana condenaría, al menos en apariencia. «La religiosidad primitiva sacó de los interdictos el espíritu de transgresión. Pero, en conjunto, la religiosidad cristiana se opuso al espíritu de transgresión»¹¹. Si en todo rito arcaico, el hombre rendía un culto especial a las fuerzas que se consideraban originarias de la nueva vida, asegurando la fertilidad y, a su vez, fundaba una idea religiosa en el miedo a la muerte, tales concepciones imprimen ese sentimiento de lo sagrado en la conciencia que, a través del rito y el sacrificio fundaron el sentimiento de la religiosidad en el hombre. Los primeros hombres adoraban a una diosa madre. El cristianismo no hizo más que *deformar* el carácter del sacrificio; para las religiones antiguas éste es una transgresión deliberada, acción voluntaria dirigida hacia un cambio repentino del ser de la víctima. Para todo cristiano el sacrificio no es más que simbólico. Porque todo erotismo es voluntario, aunque sólo en la medida del que participa del éxtasis y lo vive a voluntad. El erotismo de los cuerpos seduce, el de los corazones llega a la más honda sensibilidad, es plena libertad. «Lo que el acto de amor y el sacrificio revelan es *la carne*»¹². Con la violencia del sacrificio, el cristianismo habría de suprimir el erotismo de los cuerpos, inclusive en el terreno simbólico la sangre se asocia a un acto deplorable. El cristianismo condenaría el acto sexual como realidad del placer y por tanto: «La teología cristiana, en efecto, asimila a la muerte la ruina moral consecutiva al pecado»¹³. La actividad sexual representa un acto inhumano, sólo el matrimonio la legitima. La profanación se convierte en costumbre, pues en cierto modo es una dimensión profana de lo sagrado, se opone a la impureza y entonces no hace falta descubrir que lo erótico, o lo impuro, o lo diabólico, no estaban separados del mundo profano, mas desde la teología cristiana, les faltaba un carácter formal, un límite fácil de captar por cualquier ser humano, y así, lo impuro es lo profano, cayendo el erotismo en el terreno de lo profano. La Iglesia se opuso en general al erotismo. Pero «el cristianismo produjo, en el terreno religioso, esa paradoja: *el acceso a lo sagrado es el Mal*; y al mismo tiempo el Mal es profano»¹⁴. El pecado llevado a la realidad, naturaleza primicia de la angustia, a sabiendas de que la forma superlativa de ésta es el conocimiento de la muerte, y la muerte es la continuación de mi ser, carácter inherente de todo rito religioso, ¿qué tan profano es el Mal?

La Iglesia encubría al erotismo-de los corazones, el más ardiente; suprimía el de los cuerpos. Aún así «la orgía es el aspecto sagrado del erotismo»¹⁵. Recordemos que el erotismo siempre busca *afuera* un objeto de deseo. Al instaurar la paradoja: "el acceso a lo sagrado es el Mal", al cristianismo le habría de interesar el aspecto sagrado del erotismo. Éste llegó a ser una razón "incómoda" y que produjo infinidad de estragos. Todos sabemos que quemó y persiguió a las brujas, pero dejando vivir a las bajas prostitutas, a los hombres abyectos, aun y en su mismo seno. Afirmó también la degradación de la prostitución, lo ignominioso de las acciones malignas, vinculadas con los ritos paganos y/o no cristianos, de esta forma tendría elementos para subrayar el carácter *ígneo* del pecado.

El cristianismo elaboró, es cierto, un mundo sagrado que excluía "los aspectos horribles e impuros", pero tal mundo caería en el universo simbólico de la angustia, en el lenguaje de las apariencias, de la representación y lo representado. Al suprimir el erotismo no se hizo más que instarlo a adquirir nuevos artificios. Si la seducción para la religiones como la cristiana «fue la estrategia del diablo»¹⁶, su verdadera dimensión es la del artificio, del ritual de aquí que el erotismo, el Mal, seducen. El Cristo crucificado de Rubens es un símbolo religioso que seduce; para Baudelaire: «La voluptuosidad única y suprema del amor reside en la certeza de hacer el Mal». He aquí a la angustia puesta en la supresión y resaltamiento del erotismo, porque el Mal es el pecado y el pecado en la *dialéctica* de Kierkegaard, es la dimensión de la angustia. El hombre se angustia ante la posibilidad. «La

angustia, al parecer, conforma a la humanidad: no es la angustia sola, sino la angustia superada, sino la superación de la angustia. [...] Pero la superación de la angustia es posible con una condición: que la angustia esté a la altura de la sensibilidad que la convoca»¹⁷. Hay que estar, siempre y necesariamente, a la altura de nuestro deseo.

Hemos visto ese vínculo *enmascarado* que el erotismo guarda con lo sagrado, y por tanto, los estudios etnográficos, antropológicos y psicoanalíticos no dejan de dar cuenta de ello. Aquí, cabe recordar que: el desarrollo y naturaleza del erotismo no es *en nada* exterior al ámbito de *la religión*, aunque precisamente, y de cierta manera, religiones como el cristianismo, oponiéndose al erotismo, ha condenado a la mayor parte de las religiones. En este sentido, la religión cristiana es quizás la menos religiosa.

Conclusión

Erotismo y religión, erotismo y lo sagrado. La historia de la especie ha participado de un espectáculo inserto en la apariencia, en la mentira. Ahí donde creemos no existe un vínculo implícito entre las manifestaciones y realidades más esenciales M ser humano, es donde siempre hemos acumulado nuestras peores debilidades. Cabe afirmar aquí que la angustia está presente en ese vínculo. La religiosidad es un fenómeno erótico, ambos corresponden a una experiencia vital e interior del hombre.

Notas

1. *Bataille, Georges: El erotismo, pág. 38.*
2. *Glantz, M Estudio introductivo a Lo imposible, pág. 8*
3. Entenderemos por lo sagrado la concepción más general, aquella que aparece en cualquier tratado de historia de las religiones. Ver por ejemplo el texto de Mircea Eliade mencionado en la bibliografía.
4. *Eliade, M Tratado de historia de las religiones, pág. 34*
5. *Bataille, G La experiencia interior.*
6. *Bataille Georges. El erotismo, pág. 28*
7. *Ibídem, pág. 56*
8. *Ibídem, pág. 165*
9. *Ibídem, pág. 58*
10. *Ibídem, pág. 101*
11. *Ibídem, pág. 165*
12. *Ibídem, pág. 129*
13. *Ibídem, pág. 149*
14. *Ibídem, pág. 175*
15. *Ibídem, pág. 175*

16. *Baudrillard, J* De la seducción, pág. 9

17. *Bataille, G* El erotismo.

Bibliografía

1. *Bataille, Georges*. El erotismo. *Túsquets ed. Barcelona, 1997*.
2. _____. Las lágrimas de Eros. *Tusquets ed Barcelona, 1997*.
3. _____. El aleluya y otros textos. *Alianza ed Madrid, 1988*.
4. _____. La experiencia interior. *Taurus, Madrid, 1999*.
5. _____. Teoría de la religión. *Taurus, Madrid, 1999*.
6. _____. Sobre Nietzsche. *Taurus, Madrid, 1999*.
7. _____. Mi madre. *Tusquets ed Barcelona, 1997*.
8. _____. Historia del ojo. *Premia editora, México, 1981*.
9. _____. Lo imposible. *Ediciones Coyoacán, México, 1997*.
10. _____. Madame Edwarda. *Premia editora, México, 1981*.
11. _____. El abad C. *Ediciones Coyoacán, México, 1997*.
12. *Baudrillard, Jean*. De la seducción. *REI, México, 1997*.
13. *Donovan, Frank*. Historia de la brujería. *Alianza ed. Madrid 1985*.
14. *Eliade, Mircea*. Tratado de historia de las religiones. *Ed. Era, México, 1997*.
15. *KoJakowski, Leszek*. Si Dios no existe... *REI, México, 1993*